

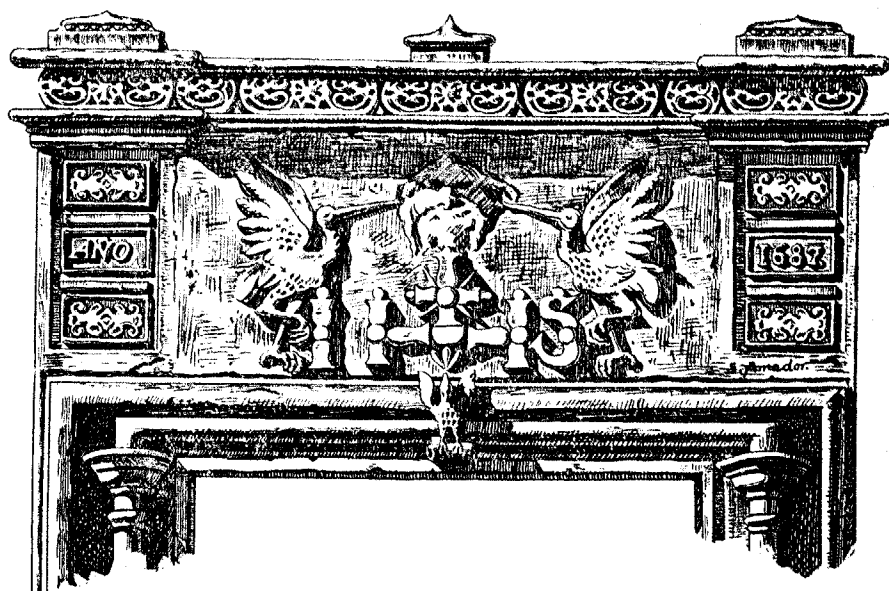
---

# LAS CAMPAÑAS DE MORELOS,

POR EL LIC. ALBERTO LOMBARDO.

TRABAJO PRESENTADO AL CONCURSO HISTÓRICO-LITERARIO ABIERTO POR EL MUSEO NACIONAL  
DE ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y ETNOLOGÍA.





## CAPÍTULO I.

### EL VELADERO.

¿Conocen ustedes, lectores, el país donde crecen el plátano y el cocotero? ¿donde la frondosa vegetación forma un techo impenetrable en las noches á la luz difusa de la atmósfera? ¿el país de la verde alfombra sobre la que el viento ama jugar? ¿el país de los animales salvajes que amedrentan á ganados y á pastores? ¿la comarca de maderas ricas, de perfumes que embriagan, de pájaros que elevan sus cantos al cielo, y de hombres, hijos de aquellas selvas, que no tienen más ley que su machete al lado? Tales son las inmediaciones de Acapulco. En ellas, á principios de 1811, se hallaba acampado un Ejército. La ciudad se distinguía á lo lejos; el mar extendíase hacia la izquierda, con ese oleaje manso y jugueteón de las bahías cerradas; los bosques y montañas llenaban los otros lugares del paisaje, y sobre una de tantas eminencias aparecía un conjunto de pequeñas tiendas de campaña. Una roca colocada cerca de ellas enarbolaba una bandera negra, con una calavera en el centro y esta inscripción en letras blancas: «Paso á la Eternidad.»

¿Quién mandaba aquel Ejército? ¿para qué se había reunido allí? Lo mandaba un hombre de complexión robusta y de color moreno;

de ojos negros, limpios, rasgados y brillantes; de mirada profunda é imponente; de cejas pobladas y unidas; de enérgica expresión. A la hora del combate los ojos de aquel Caudillo relampagueaban siniestros, y su voz adquiría inflexión tonante para animar á las tropas. La prosperidad no le ensoberbecía, ni el infortunio quebrantaba jamás su altiva y digna entereza.

Este hombre había nacido en el bajo pueblo. Su niñez transcurrió en medio de privaciones. Su juventud la consumió en un trabajo corporal y rudo, para proveer á la subsistencia de su madre, á la que siempre consagró infinita ternura. Había recorrido varias veces, dedicado á la arriería, el camino que va de Acapulco á México. A los treinta años entró en el sacerdocio, haciendo previamente algunos estudios en Valladolid, bajo la dirección del Cura Hidalgo. Sirvió los curatos de Churumuco y la Huacana, y fué después nombrado para el de Nucupétaro y su anexo Carácuaro.

En Indaparapeo recibió de Hidalgo el nombramiento de jefe de la insurrección en el Sur. Vuelto á su curato, había armado allí á algunos hombres; atravesó el Mexcala; se le unió en Coahuayutla D. Rafael Valdovinos; engrosó en Zacatula su pequeño Ejército con cincuenta soldados, y recorriendo la costa con dirección al Sudeste, había caído rápidamente sobre Petatlan y Tecpan, de cuyo último punto hizo huir al Capitán de las milicias reales D. Juan Antonio Fuentes.

En Tecpan se incorporaron á sus filas los tres hermanos Galeanas con 700 hombres y un pequeño cañón llamado «El Niño.» La división insurgente había marchado entonces al Veladero, posición que domina á Acapulco, y después de una victoria obtenida contra los realistas, se había establecido fuertemente en aquel lugar. Varios jefes españoles intentaron desalojarla de allí: primero, Fuentes con la guarnición del castillo; después, Paris con fuerzas de Oaxaca; por último, Cosío con tropas de México. Pero Morelos, que así se llamaba aquel General, rechazó constantemente todos los ataques, y por una serie de triunfos llegó á hacerse temible á las autoridades coloniales de Nueva España. Era, como dice un historiador, la pequeña nube que se iba extendiendo por el horizonte, la cual debía descargar pronto una tempestad terrible y violenta.

Un ayudante se presentó anunciando al Capitán Pablo Galeana.

—Que pase, dijo Morelos.

Galeana manifestó que su tío lo enviaba á pedir permiso para entrar en el campo con los amigos de Michapa.

—Que lleguen en hora buena. Y precediendo banda de música, se vió desfilar un grupo de tropas. D. Hermenegildo Galeana y

los Bravos bajaron de los caballos y fueron á saludar al General en Jefe.

—Señor, expuso Galeana, aquí tiene usted á nuestros amigos D. Leonardo y D. Miguel Bravo.

—Sean ustedes bien venidos, señores.

Y Morelos abrazó con verdadero afecto á los recién llegados.

—Este muchacho, expresó D. Leonardo, es mi hijo Nicolás, quien viene también á ponerse á las órdenes de usted.

D. Nicolás Bravo quiso extender los brazos para saludar al Caudillo de la Independencia; pero D. Leonardo se interpuso, diciendo:

—No, hijo mío: tú debes besar la mano del Padre de la Patria y pedirle su bendición.

—Te consagro á la Patria, manifestó Morelos; sé su apoyo y su ornamento.

—Lo procuraré, señor.

—¿Y D. Víctor? añadió el General en Jefe.

—Víctor, repuso D. Leonardo, ha tenido que quedarse por allá, para cuidar de la gente y estar á la mira de Guevara y de Juan Chiquito, encargados de vigilarnos y perseguirnos, como usted sabe.

—¿Y está en Michapa todavía?

—No, señor, donde puede: unas veces estará en Michapa, otras en Amojileca, quizá vaya á Chichihualco de noche; en fin, tiene que andar errante. Pero no hay cuidado. Conoce bien el terreno, y nuestra gente es fiel á toda prueba.

—¿Y como han podido ustedes llegar hasta aquí con tan pocas fuerzas?

—Hemos venido por la Sierra, caminando á veces de noche. Ayer muy tarde llegamos á la Brea, y madrugamos para estar aquí á buena hora.

—Bueno, replicó Morelos, todo ha salido perfectamente. Pero ustedes han andado mucho, deben estar fatigados, y necesitan reposar un poco y tomar alimento. Ya Galeana se encargará de alojar á ustedes. Por de pronto me acompañarán al desayuno.

El Caudillo y los jefes se reunieron alrededor de una estrecha mesa, comenzando una animada conversación sobre los asuntos públicos de aquel tiempo.

—¿Qué saben ustedes de Hidalgo? preguntó Morelos.

—Nada, después de lo de Calderón, respondió D. Leonardo Bravo.

—Estoy inquieto por él, insistió Morelos. Hidalgo es hombre de

talento, pero de corazón demasiado bueno: cree que todos obran lealmente. En Querétaro estuvo á punto de ser víctima de dos traidores, y es raza que con la mala suerte se multiplica.

—¡Qué desgracia la de Calderón!, exclamó Bravo, ¡perderse allí cien mil hombres!

—Nunca he tenido confianza en esas grandes masas sin disciplina, replicó Morelos: prefiero pocos, pero escogidos. Por eso he venido á encerrarme á estas montañas, para dar una organización rigurosamente militar á nuestras tropas, é infundirles, al mismo tiempo que el amor á la Independencia, el espíritu guerrero, sin el cual los ejércitos son impotentes y no saben triunfar. Y hasta ahora parece que voy consiguiendo mi objeto. Las catervas de labriegos que han seguido desde la costa nuestras banderas, forman hoy batallones y regimientos regulares. Los comandantes los van adiestrando en el manejo de las armas y en las maniobras de la batalla. Una sola acción, la del Egido, ha bastado á todos para comprender que el valor se duplica con la educación militar, y desde entonces los días de descanso han sido días de instrucción; los campamentos, campos de maniobras, y las batallas, ensayos de nuestra pericia. Siempre recordaremos estos bosques y estas montañas como la escuela en que hemos aprendido, combatiendo, el arte de la guerra.

En aquel momento llegó un correo con pliegos importantes.

Morelos leyó.

«Gaceta extraordinaria del Gobierno de México del martes 9  
«de Abril de 1811.—Por extraordinario que acaba de llegar á esta  
«capital, ha recibido el Exmo. Sr. Virrey el oficio siguiente, del Sr.  
«Brigadier D. Félix María Calleja, General en Jefe del Ejército  
«del Rey contra los insurgentes.—Exmo. Sr.: ahora que son las  
«cinco y media de la tarde recibo del Teniente Coronel D. Josef  
«Manuel de Ochoa el siguiente oficio.—Las interesantes y plausibles  
«noticias que en oficios 25 del corriente, dirigidos de la villa de Mon-  
«clova y firmados por los Sres. Gobernadores D. Simón de He-  
«rrera y D. Manuel Salcedo con los demás vocales de que se com-  
«pone la junta de seguridad de dicha villa, contienen las que copio.  
«—Es muy conveniente me facilite vd. 500 hombres para conducir  
«las presas de 204 insurgentes que aprisionó el Capitán Bustamante  
«con los caudales del Sr. Obispo y algunas bestias, y que con se-  
«guridad se conduzcan también los Generales prisioneros Hidalgo,  
«Allende, Abasolo, Aldama, Zapata, Ximénez, Lanzagorta, Aranda,  
«Portugal etc., etc., que se han aprisionado en Acatita de Baján,  
«con todos los atajos que conducían el oro, reales y plata, y mu-

«chos prisioneros que se han hecho con toda su artillería, y son más de 200 hombres de coroneles á baxo, á más de los que tomó el Capitán Bustamante.—En tal concepto he facilitado los 500 hombres de auxilio que se me piden, al cargo del Teniente D. Facundo Melgares, y con el resto de mi Ejército emprendo mi marcha hoy para la hacienda de Pastos, con dirección á la reconquista del Saltillo; lo que participo á V. S. para su inteligencia y satisfacción.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Campo de la Noria con dirección al Saltillo, 28 de Marzo de 1811.—*Josef Manuel de Ochoa.*—Sr. Brigadier D. Félix María Calleja.»

—No hay duda, agregó Morelos al dejar de leer: el Generalísimo Sr. Hidalgo y sus compañeros de Dolores han sido hechos prisioneros. Debe estar satisfecho el Gobierno Español. Tiene en su poder á los primeros caudillos de la Independencia.

Y poniéndose en pie y paseándose agitado, dijo á sus acompañantes:

—A las tres tendremos junta de guerra.

—¡Pero qué inmensa desgracia! manifestó Bravo. ¡Haber caído el Generalísimo en un lazo tan infame!

—Qué quiere usted, contestó el General en Jefe; la traición tiene eso de terrible, que es silenciosa. Se espera á los leones y á los tigres; pero no se siente á las culebras que se arrastran en la sombra. La traición nos ha de hacer todavía mucho mal; mas no hay remedio contra ella. Sería preciso desconfiar de la humanidad entera, y tal cosa es imposible. Ese Elizondo . . . . . no pagará ni con la vida: su nombre debe ser maldito para todo mexicano . . . . . Ahora comprendo por qué fueron tantos repiques y salvas en Acapulco hace cuatro días. Es que recibieron la noticia casi al mismo tiempo que nosotros. Su correo tuvo que dar vuelta por la Costa Chica para evitar nuestros campamentos.

—¿Y cree usted, señor, que quiten la vida al Sr. Hidalgo y á los demás?

—Oh! en eso no hay duda. El Gobierno Español no perdona ni perdonará jamás á los insurgentes. Es implacable. Matará al jefe y al soldado. Es un Gobierno de sangre. Comienzan los cadalsos: mañana morirán el Sr. Hidalgo y sus compañeros; después moriremos nosotros; tal vez todos los que emprendemos aquí la lucha. Pero eso sí, la Independencia se hará; esto se halla decretado por el Cielo. Nuestra Patria será libre.

A las tres de la tarde, los dos Bravos, los tres Galeanas, Avila, Valdovinos, Ayala y algunos otros se reunieron bajo la tienda de Morelos.

El Capitán D. Vicente Guerrero esperaba en una tienda inmediata para suministrar informes.

Abrióse la sesión y el General en Jefe tomó la palabra:

—Señores, dijo: tengo que comunicar á ustedes una desgracia muy grande que ha ocurrido; pero que debemos recibir con frente serena, como hemos recibido la noticia de los reveses de Aculco y de Calderón. El Generalísimo Sr. Hidalgo y sus compañeros han caído en poder del enemigo, víctimas de una infame traición. Tal es la guerra: una cadena en que alternativamente ponen sus eslabones la Fortuna y la Desgracia. Nadie puede prever sus azares, y lo prudente es arrostrarlos con la resolución de ser víctimas. Yo me siento hoy más animado que nunca, y mi amor á la libertad se exalta con el deseo de vengar á nuestro venerado Caudillo y de probar al Gobierno Español que las traiciones, las derrotas y los cadalsos. lejos de intimidarnos, nos dan mayores bríos. Deseo, pues, avanzar hacia el centro y hacerlo pronto; hoy mismo, si es posible. Es necesario reanimar con nuestra aparición en las comarcas más próximas á México el espíritu de los que tienen simpatías por nuestra causa, el cual debe encontrarse abatido por este infortunio. Es menester probar á la Nación que la muerte de un caudillo no acaba con los principios que proclamó ni con el pueblo que los defiende. Es preciso hacerle ver que, aunque la estrella de la insurrección palidece en el Norte, todavía sigue brillando en el Sur. Es indispensable interrumpir la alegría que hoy enloquece á nuestros enemigos con nuestro grito de guerra lanzado en medio de ellos, para que sepan que si muere un insurgente hay mil para vengarlo.

—Estamos todos dispuestos, dijo Galeana poniéndose en pie.

—Sí, todos, gritaron los demás jefes levantándose con entusiasmo.

—No esperaba menos de la decisión de ustedes, agregó Morelos. Pero antes será conveniente concertar la manera y conocer poco más ó menos el itinerario que debemos seguir. Importa mucho para nuestro plan que nuestra marcha sea rápida, segura y victoriosa desde que salgamos del Veladero, como ha sido hasta aquí, y que una serie de triunfos nos conduzca á las orillas de México. Es indudable que el Virrey va á mandarnos á Calleja, que es su gran General y que ha sido su desempeño en el interior. Tengo deseos de que nos encontremos con él. Mas para lograrlo, necesitamos quitar los obstáculos del camino, sin abandonar por eso lo conquistado, porque sería una lástima. Tenemos aquí un pequeño Ejército, valiente y aguerrido. Si lo dejamos sitiando á Acapul-



co, las fuerzas con que emprendamos nuestra marcha serán pocas. Si lo llevamos todo, perdemos la Costa Grande, dejamos libre al enemigo de Acapulco, comprometemos á nuestros amigos y nos cortamos toda retirada. ¿Qué debemos hacer? Esto es lo que ruego á ustedes me indiquen, para ilustrarme con su opinión

—Señor, dijo D. Hermenegildo Galeana, en mi concepto todo puede lograrse. No hay necesidad de perder ninguna de las ventajas que hemos obtenido hasta aquí: tenemos gente para todo. El grueso de nuestras tropas puede quedarse en nuestros campamentos sitiando á Acapulco y apoyando á la costa, en comunicación siempre con Zacatula, ofreciéndonos una retirada que no necesitamos, pero que es prudente conservar. Una parte pequeña de estas tropas basta para emprender la nueva campaña: mi Regimiento de Guadalupe, por ejemplo; él es suficiente para el apoyo que necesitamos y los pueblos vendrán á formar otro Ejército, como el que se formó en la costa. Eso para dirigirnos al encuentro de Calleja; que para Guevara y los demás que nos estorben, creo que nos bastamos. Además, los Sres. Bravo nos ayudarán.

—Señor, manifestó D. Leonardo Bravo poniéndose en pie. Aprovecho esta primera y solemne ocasión para dar gracias á nuestro General, en nombre mío y de mis hermanos Miguel y Víctor, por la honra que nos ha hecho nombrándonos Coroneles y dándonos, así, un rango que nuestros valientes compañeros han alcanzado á fuerza de valor y heroicas hazañas. Nosotros ofrecemos hacernos dignos de tal distinción á fuerza de sacrificios, aún el de la vida, en aras de la Patria. Ahora, en cuanto al auxilio de que habla el Sr. Coronel Galeana, puede contar con él nuestro General. Hemos conservado relaciones constantes con nuestra gente de Chichihualco, de Chilpancingo, de Amojileca, de Mazatlán, de las cuadrillas de la Sierra y de Tlacotépec; y á lo sumo en tres días podremos presentar mil hombres armados en su mayor parte, bien montados y equipados. Nuestra gente no espera más que una orden para levantarse.

—Me es satisfactorio, replicó Morelos, conocer la opinión del Coronel Galeana, que ya esperaba y que es también la mía. En cuanto á las tropas de que habla el Sr. Coronel Bravo, siendo originarias de tierras templadas, nos van á ser muy útiles por allá. Ahora, denme ustedes su parecer respecto á la marcha. ¿Cuál camino será prudente elegir?

—Opino, respondió D. Miguel Bravo, porque escojamos el camino de la Sierra, el mismo que hemos traído nosotros, yendo de aquí á la Brea y de la Brea siguiendo el sendero de la montaña. Es

áspero, difícil, especialmente para el paso de los cañones; pero es más directo y, sobre todo, más oculto. Seguir el camino real por Dos Arroyos, el Peregrino y el Papagayo, hasta salir por Mazatlán sobre Chilpancingo, no ofrece peligro de enemigo alguno; pero este camino se halla lleno de haciendas, entre las que están las de los Guevaras y los Leyvas, que son contrarios, y naturalmente sus dependientes enviarán á Tixtla noticias pormenorizadas de nuestra aproximación, y eso haría que se preparasen ó que huyeran, impidiéndonos, así, apoderarnos de sus armas. Si vamos por el camino de la Sierra, no nos sentirá nadie, y cuando acuerden estaremos sobre ellos.

—Aceptado, dijo Morelos. Escogemos el camino de la Sierra. Además, no llevaremos sino dos cañones de á cuatro y «El Niño,» que pueden cargarse en mulas.

—Señor, expresó Avila levantándose, tal vez sea contrario á las leyes militares solicitar servicio; pero debe disimularse el entusiasmo. Yo pido marchar con mi batallón ó solo.

—Y nosotros pedimos lo mismo, añadieron Valdovinos y Ayala.

—Sr. Coronel Avila, señores, contestó Morelos, en eso es preciso dejarme con entera libertad; todo se dispondrá teniendo en cuenta el bien de la Nación; en donde quiera hay peligro y hay gloria. Usted, Sr. D. Julián, debe quedarse representándome en el Veladero. Tal vez sea lo de más riesgo.

—Como usted lo ordene, manifestó Avila con respeto.

—Necesitamos saber, agregó Morelos, con qué auxilios podemos contar, además de los de Chilpancingo. Que llamen al Capitán Guerrero.

Guerrero se presentó.

—Sr. Capitán, le dijo Morelos; usted, que es de Tixtla y que conoce bien aquellos pueblos, se servirá decirnos si debemos contar allí con algunos partidarios.

—Señor, respondió Guerrero, me da vergüenza confesarlo; pero en mi tierra todos son contrarios. Los únicos insurgentes que había allí somos los que estamos en este campamento: no conozco á otros. El pueblo de Tixtla no tiene la culpa, sino los pocos ricos que hay allí y, sobre todo, el Cura D. Miguel Mayol, quien predica contra nosotros todos los días.

—Ya sé, ya sé que ese famoso Cura me pinta como al demonio; se ha empeñado en confundirme con las visiones que le produce el catalán. Y no es el único; también Rodríguez Bello me presenta de igual modo en Chilapa. Ya los desengañaremos.

Y luego que se hubo retirado Guerrero, continuó Morelos:

—Ahora, para que todo quede arreglado de una vez, designaremos la fuerza que ha de marchar. Aliste usted, Coronel Galeana, su Regimiento de Guadalupe para hoy á las seis de la tarde; que las compañías que hay en la Sabana se hallen dispuestas á incorporarse á las fuerzas que salgan de aquí, á fin de continuar por los Organos hasta Texca, y que se preparen los tres cañones de que he hablado, con su parque respectivo. Señores: ha concluído la junta.

Los jefes se despidieron, y fué cada uno á dar sus determinaciones.

A las seis de la tarde avisaron á Morelos que las tropas estaban dispuestas para ponerse en camino.

Resonaba á lo lejos el sonido de los tambores.

Morelos y Avila salieron de la tienda de campaña.

Los cañones de Acapulco hacían oír sus últimos disparos.

—Son las salvas que anuncian nuestras victorias próximas, exclamó Morelos con entusiasmo.

Y mandó que le acercaran su caballo.

—Adios, Coronel, dijo á Avila antes de partir. Ya sabe usted que dejándolo en el «Paso á la Eternidad,» hago cuenta de que me quedo yo mismo.

—Señor, respondió Avila conmovido, si por desgracia llegase á usted la noticia de que El Veladero ha caído en poder del enemigo, puede usted rezar por mi alma, porque es seguro que yo seré entonces el que ha pasado á la eternidad.

Y sin poder por más tiempo contener su emoción, se arrojó en brazos de Morelos. Este lo estrechó fuertemente, y á pesar de la rigidez de su carácter, alejóse de aquel sitio con los ojos humedecidos por las lágrimas.

## CAPÍTULO II.

### LAS PRIMERAS VICTORIAS.

El camino que se extiende de Acapulco á Chilpancingo atraviesa una comarca de clima algo molesto y cálido, pero de vegetación lujosa y exuberante. La naturaleza ha concedido una sonrisa benevolente á esos terrenos afortunados del Sur de México, los cuales, vistos desde lo alto de las montañas que los dominan, hechizan el espíritu y proporcionan constantemente á la mirada deliciosos

encantos. Allí las siluetas de los elevados picos se dibujan sobre un océano de verdor, cuyas suaves ondulaciones imitan el manso oleaje de los mares en calma; los vientos lejanos agitan la verde alfombra, llevando en sus alas el perfume de los árboles en flor y haciendo respirar con delicia sus soplos balsámicos. Sobre las rocas ó en los valles, las flores, esas sultanas de los pájaros, esas vírgenes por las cuales hacen oír su melodía y sus armoniosos trinos, levántanse sonrojadas ante los tiernos acordes de sus amantes, y respetadas por las escarchas y por los hielos, al abrigo de los inviernos de las tierras más altas, bendecidas por los céfiros y por las estaciones, envían hacia el cielo el incienso de su reconocimiento, ofreciendo á ese cielo que les sonríe, el homenaje de sus colores más encantadores y de sus suspiros más dulces. Allí se encuentran sombras propicias al amor, grutas que invitan al reposo, cabañas rodeadas de árboles refrescantes. . . . . ¡Cosa extraña! esa tierra que la naturaleza parecía haber destinado á la tranquilidad, el hombre iba á convertirla en campo de combate; las pezuñas de los caballos iban á aplastar aquellas flores que no reclamaban cultivo y que en su mudo lenguaje parecían pedir tan sólo que se las dejase crecer. Ese país en donde todo respiraba paz, la guerra iba á escogerlo para sitio de su feroz dominación; los campos iban á ser talados, las casas iban á ser presa de la destrucción y de las llamas. Y es que los habitantes de aquellas ricas comarcas preferían, como dice Tácito, las tempestades de la libertad á la tranquilidad de la servidumbre, habiendo enraizado fuertemente en sus espíritus las ideas grandiosas concebidas por Hidalgo.

Un grupo como de trescientos soldados de caballería llegaba á la hacienda de Chichihualco la mañana del 21 de mayo de 1811.

El dueño de la finca debía sin duda tener alguna noticia de la aproximación de aquella tropa, porque, á pesar de tener también gente armada á sus órdenes, lejos de tomar disposiciones hostiles, esperó tranquilamente en la puerta de la hacienda á los que se distinguían en el camino.

Los jefes de la expedición dejaron sus caballos, y uno de ellos se arrojó en los brazos del que esperaba en el zaguán.

—Víctor, le dijo.

—Leonardo, contestó el nombrado.

—Te presento al Coronel Galeana, manifestó el primero, indicando á la persona que lo seguía.

—Bien venido sea usted, señor Coronel. Aquí estamos todos á su disposición.

—Muchas gracias, compañero, respondió Galeana.

—Compañero! no tengo todavía ese alto honor.

—Su hermano de usted le trae el despacho expedido por el señor Morelos.

—El señor Morelos me honra demasiado. ¿Dónde lo han dejado ustedes?

—En la Brea, resistiendo á Fuentes, que nos persigue desde que salimos del Veladero. Tiene urgente necesidad de víveres para la fuerza.

—Se los mandaremos pronto, respondió D. Víctor Bravo; pero no es cosa que podamos hacer en este momento. Manden ustedes que desensille la tropa, comeremos, y arreglaremos después todo lo necesario. Pasemos á las habitaciones.

Y entraron en la casa de la hacienda, donde Galeana dió orden para que pudiesen descansar los soldados.

—Se quieren bañar los muchachos, dijo uno de los oficiales.

—Deje usted que lo hagan, agregó Galeana; pero que tengan sus armas prevenidas y al lado.

Aquella fué una disposición prudente, pues se aproximaba á la finca el Comandante Garrote, furibundo realista, á quien el Gobierno Español había confiado el mando militar en la extensa zona que cruza el Mexcala.

Garrote había mandado levantar en todas las poblaciones compañías de forzados, á los que bautizó con el pomposo título de patriotas, solicitando á los Bravos para que en Chilpancingo se pusieran á la cabeza de tal organización. Las convicciones de esta familia, favorables á la Independencia, la hicieron declinar una comisión semejante, y la negativa irritó de tal manera á Garrote, que resuelto á hacerla pagar cara, determinó ir á aprehender á los Bravos. Mas supo que tenían á sus órdenes alguna gente de su hacienda y de los alrededores, y entonces el Comandante español se apresuró á reunir fuerzas en Tixtla, y con ellas había salido con dirección de Chichihualco.

Hora y media después de haber llegado á aquella finca Galeana, la avanzada avisó que tropas enemigas estaban á la vista.

Galeana acudió inmediatamente al lugar del peligro; pero sus soldados aun se bañaban, y el río estaba situado á alguna distancia.

—Resistan ustedes en la hacienda, dijo á los Bravos, mientras yo voy por mi fuerza. —Y partió en seguida al galope de su caballo.

Los Bravos dieron desde luego sus disposiciones. Su gente era leal y valiente. D. Leonardo confió el mando de la izquierda á D. Víctor y el de la derecha á su hijo Nicolás.

Mientras tanto, Galeana corría precipitadamente en dirección al río. Cuando llegó á aquel lugar, se oían ya las primeras descargas. —«A las armas, muchachos, gritó; ni un momento de detención.» —Los soldados salen desnudos, y no tienen tiempo sino para tomar sus carabinas. Así corren al lugar del combate, llenos de entusiasmo. Galeana los anima con el gesto y con la voz.

Ya Garrote había comenzado el ataque, ya sus columnas marchaban en buen orden sobre las fortificaciones de la hacienda, cuando de repente se oyen tiros á retaguardia. Las tropas de Galeana, formadas de negros de la costa, con el cuerpo relumbroso por el baño y por el sol, arrójanse con furia contra los auxiliares de Tixtla. —«Son los diablos que salen del infierno,» gritan algunos de éstos. El pánico se comunica. Y como en aquel instante los Bravos salen de sus improvisadas trincheras, el desorden llega á su colmo y Garrote tiene apenas tiempo para escapar á uña de caballo, quedando el terreno cubierto de fusiles que se abandonan, de municiones y de pertrechos, y de realistas que se desbandan por todas partes.

La victoria fué completa. En la tarde de ese mismo día, un correo se aprestaba para ir al campamento de Morelos.

—En vez de víveres, dijo Galeana á los Bravos, le mandamos la noticia de nuestro triunfo. Estoy seguro de que la prefiere, y que dentro de dos días lo tenemos entre nosotros.

Morelos, en efecto, dejando una corta fuerza que entretuviera á Fuentes, vino á reunirse con Galeana y los Bravos, á los que estrechó entre sus brazos, felicitándolos por las ventajas obtenidas.

—Es preciso no perder tiempo, dijo. Esta misma tarde á Chilpancingo. Allí armaremos alguna gente con los fusiles arrancados á Garrote, y desde luego sobre Tixtla, á no dar lugar á que el enemigo se reponga.

Esta determinación se cumplió puntualmente, y el 26 de mayo las fuerzas insurgentes se apoderaron de Tixtla.

En el mismo tiempo Fuentes había avanzado de la Brea y, sabiendo los malos sucesos de Garrote, fué á situarse á Chilapa.

Chilapa era la población más importante de aquel rumbo, distando sólo cuatro leguas de Tixtla.

Fuentes llevaba como consejero al Oidor Recacho, aquel mismo que, viéndose cercado en la Barca, se había salvado de las fuerzas de Godínez haciendo que el Cura saliera con la custodia en un coche y siguiéndolo él con su Ejército en procesión.

Tal ardid le había dado entre los españoles fama de hombre de ingenio. Fuentes le había concedido toda su confianza. —Inven-

te usted, señor Oidor, para vencer á Morelos, alguna estratagema como la de Jalisco, le dijo.

—Como la de Jalisco, no, contestó Recacho. Es preciso darle forma diversa. Morelos no es hombre que se detiene ante una custodia, y lo que pasó en Tixtla con el Cura Mayol debe darnos la indicación de su carácter.

—Pues bien, algún otro medio, replicó Fuentes. Usted es hombre de recursos y de inventiva.

—Necesito tiempo para pensar.

—Con tal que no sea muy largo . . . .

Y Recacho quedó encargado de proponer un completo plan de campaña.

—¿Tiene usted toreros en el Ejército? preguntó Recacho á Fuentes.

—¡Toreros!

—Sí; los necesito para el plan de campaña.

—Pero es que no se trata de matar toros, sino de derrotar á Morelos.

—Lo uno está ligado con lo otro.

—¿Quiere usted acaso que se capee al Cura ó que se le ponga alguna banderilla?

—No, porque si nos embiste, quién sabe cómo salgamos. Mi propósito es otro. Pero ya que usted necesita que se le exponga por completo el designio, comienzo por pedirle cesemos un poco en las bromas y hablemos con seriedad.

—Escucho á usted.

—El 15 de agosto próximo hay una gran función en Chilpancingo. Con soldados nuestros que hayan ejercido el oficio de toreros, improvisamos una cuadrilla, y la despachamos, con instrucciones de que llegue á aquella ciudad por el camino de México y sin que dé lugar á sospechas. Morelos es muy aficionado á las corridas; con toda seguridad la cuadrilla se contrata. Muchos de los jefes y soldados que hay en Tixtla concurrirán á la diversión, y mientras ellos ven toros, nosotros, atacando con violencia, nos apoderamos de la plaza, derrotando á las fuerzas que hayan quedado allí.

—El plan no me parece malo; pero ¿y si Morelos no contrata á la cuadrilla ó no va á los toros?

—Nada hemos perdido entonces. Pero tengo seguridad de lo contrario. Morelos es apasionado de las lides taurinas; es un entretenimiento que le recuerda la guerra.

—Bueno, agregó Fuentes; tengo en el Ejército un cabo que fué

espada de alternativa en España. Lo mandaremos llamar, y que él escoja su gente.

—¿Y en cuanto á vestidos? dijo el Oidor.

—El Cura nos proporcionará raso del que está destinado á los santos de la parroquia.

Este proyecto comenzó á tener buen éxito.

La cuadrilla fué contratada; Morelos asistió á la plaza de toros, y, estando en ella, recibió un extraordinario que habían despachado violentamente Galeana y los Bravos, avisando haber sido atacados con furia por todas las fuerzas de Chilapa; pero que estaban resueltos á defenderse hasta morir.

Morelos salió del lugar donde se hallaba, y dictó acto continuo órdenes para que sus tropas marcharan en auxilio de Tixtla.

Un fuerte aguacero que cayó en la noche inutilizó una parte de las municiones de Fuentes.

Al día siguiente las fuerzas españolas volvieron á hacer un enérgico esfuerzo para vencer á Galeana; pero cuando más empeñadas estaban en el combate, apareció Morelos por el rumbo de Cuauhtlapa. Los soldados de Fuentes oyeron un alegre repique en las torres ocupadas por los defensores de la población, y antes de saber la causa de tal regocijo, tronó á sus espaldas la artillería de los independientes, desconcertando con sus certeras punterías las compactas filas realistas. Fuentes procuró formar cuadro; pero antes de lograrlo, saltaron de las trincheras Bravo y Galeana, acuchillando todo lo que encontraron á su paso. El jefe español tuvo que abandonar el campo, siguiéndolo sus destrozados batallones.

Entonces la caballería de Galeana persiguió á los fugitivos, y vencedores y vencidos entraron mezclados en Chilapa. La resistencia allí no fué, por lo mismo, posible, continuando huyendo la división española. Morelos apoderóse de un considerable material de guerra, é hizo cuatrocientos prisioneros.

—¿Qué se dispone respecto de los presos? le preguntaron en la noche.

—Los voy á enviar como rehenes á Tecpan y á Zacatula. No seré yo el que ensangrienta la lucha; pero si el Gobierno Español mata á los nuestros, se hará preciso pagarle en la misma moneda. Únicamente serán fusilados desde luego los dos traidores de que nos hemos apoderado: Gago, el que nos engañó en Acapulco, y Toribio Navarro, que recibió dinero para reclutar gente y después se pasó al enemigo.

La mañana siguiente aparecieron dos cadáveres colgados en los árboles de la plaza.



Era la manera como anunciaba Morelos que no perdonaría los engaños ni las traiciones.

Después de aquel triunfo, Morelos pensó en continuar su incursión á los alrededores de México y de Puebla.

D. Leonardo Bravo tenía ya todas las fuerzas prevenidas. Morelos formó pronto su plan de campaña. El Ejército caminaría unido hasta Tlapa; allí se dividiría en tres secciones: la primera, á las órdenes de Trujano y de D. Miguel Bravo, marcharía á situarse á los confines de Oaxaca, conteniendo á las tropas enemigas que por aquel rumbo pudieran presentarse; la segunda y principal, con los dos jefes de mayor confianza, D. Leonardo Bravo y Galeana, se encargaría de batir á García Ríos, que estaba en Taxco, y de no dejar ningún otro enemigo á retaguardia; por último, Morelos, con sólo su escolta y ochocientos indios mal armados, seguiría á Chiautla, donde un rico propietario de aquellos contornos, D. Mateo Musito, se jactaba de poder derrotar al Caudillo de la Independencia, habiendo dado á uno de sus cañones el nombre de «Mata Morelos.»

Las disposiciones del General en Jefe se cumplieron puntualmente, y divididas las fuerzas, Morelos, con las que le quedaban, avanzó hacia Chiautla. Musito se había fortificado en el convento de San Agustín de aquella ciudad. Presentáronse los independientes, y comenzó el ataque contra el edificio. Los realistas hicieron una salida; pero pronto se vieron forzados á refugiarse tras los muros de su improvisada fortaleza. Allí los siguen las fuerzas insurgentes, trabándose terrible y encarnizado combate; derrotados los defensores en el patio y en los corredores bajos, toman posición en la escalera sosteniendo desde allí un fuego mortífero; mas los asaltantes hacen un furioso empuje, forzan los atrincheramientos formados en la parte superior, y entran triunfantes. Musito es fusilado sobre las allanadas trincheras, y sus soldados huyen despavoridos por los oscuros claustros del convento.

Este afortunado hecho de armas abrió á Morelos las puertas de Izúcar, donde sus habitantes lo recibieron bajo arcos de triunfo. Allí se le presentó el Cura de Jantetelco, D. Mariano Matamoros, pidiéndole servir en sus filas, á lo que accedió Morelos, adivinando en el nuevo auxiliar uno de los hombres más esforzados que habían de luchar por la libertad de su Patria.

Soto Macedá, con una columna de aguerridos soldados, había salido de Puebla. Morelos se fortificó en el perímetro de la plaza principal de Izúcar. Al cabo de cinco horas de recio combate, Soto Maceda es herido mortalmente, y su segundo cree necesario em-

prender la retirada. Alcanzado en La Galarza por las fuerzas independientes, renovóse la lucha entre las sombras de la noche, y deshechos los realistas, muertos sus principales jefes y perdidos sus cañones, huyeron en dirección á Atlixco, llevando al moribundo Soto Maceda y dejando en poder de los vencedores gran número de prisioneros.

La toma de Puebla era posible. Pero Morelos no había recibido aún noticia de las operaciones de Galeana y Bravo. Estos han derrotado á las fuerzas españolas en Huitzucó y en Tepecuacuilco, y se hallan en aquellos momentos sobre Taxco. Morelos se dirige hacia ese lugar. Cuando llega, Bravo y Galeana han hecho ya capitular á García Ríos; pero éste, después de la capitulación, ha seguido haciendo fuego. Morelos da orden de que se le fusile sin demora, castigando también con este acto las execrables maldades que aquel jefe español había cometido bajo el pretexto de reprimir á los partidarios de la Independencia.

El plan de Morelos habíase desarrollado admirablemente. El camino para México y Puebla estaba abierto, pues Calleja, con el único Ejército capaz de detener al Caudillo insurgente, se encontraba entonces frente á Zitácuaro. Con sólo un mes que Rayón resistiese en aquella plaza, la causa de la libertad estaría triunfante. Pero aun no había salido Morelos de Taxco, cuando recibió una funesta noticia. Zitácuaro no había podido resistir; en un solo día había caído bajo el esfuerzo de Calleja. Morelos tuvo que modificar todos sus proyectos; se vió obligado á detenerse en su marcha victoriosa . . . . . Las circunstancias, más fuertes que su voluntad, habíanse interpuesto en su senda, viniendo á echar por tierra el hermoso ideal que él se había formado sobre el próximo establecimiento de la Independencia de la colonia.

### CAPÍTULO III.

#### CUAUTLA.

Cuatla, en el año de 1812, sufrió el soplo de la tempestad y de la guerra, quedando, sin embargo, en pie, como una fortaleza levantada por las manos de la Libertad. Su pequeño conjunto de casas desafió durante setenta días el fuego constante de los cañones enemigos. Si la sangre derramada junto á sus improvisados muros saltara de repente de la tierra que la absorbió, se enrojecería el río

que corre en sus orillas, y con los huesos de los que murieron entonces, podría formarse una pirámide ó una montaña.

El 13 de febrero del año referido, Calleja salió de México con el Ejército del Centro á atacar á Morelos, que se había fortificado en aquel lugar. El 18, hizo un reconocimiento en la loma de Coahuixtla, y quedó señalado para el día siguiente el asalto de la plaza.

Al frente de Cuautla se distinguía el brillo de seis mil fusiles: en todo lo que la vista podía alcanzar, el acero brillaba á lo largo de las líneas belicosas del Ejército Español. Allí estaban los mejores soldados sostenedores de la autoridad real; los que habían vencido en mil combates; los ceñidos con los laureles de Aculco y Calderón y con los más frescos aún de Zitácuaro. Oviedo se hallaba al frente de los patriotas de San Luis; el Conde de Casa Rul mandaba el Batallón de Guanajuato; los granaderos y el Regimiento de la Corona imitaban en su actitud guerrera el porte de las legiones napoleónicas, y los escuadrones de Zamora, San Carlos, Tulancingo, España, Armijo y Morán hacían caracolear sus caballos, impacientes del freno, y ostentaban con orgullo el encendido color escarlata de las banderolas de sus lanzas.

Después de amanecer se dió la señal de combate, y aquel Ejército se puso en movimiento. Una nube de humo envolvió pronto á la plaza de San Diego, nube que rasgaban como lenguas de fuego las descargas de la artillería española. Mas defendía aquel punto el bravo Galeana; sus soldados eran los mejores con que contaba Morelos; eran aquellos mismos negros de la costa que en Chichihualco habían parecido diablos á la tropa de Garrote y que se hallaban también envanecidos por una larga serie de triunfos. El choque, por lo mismo, fué terrible; se peleó cuerpo á cuerpo; los combatientes, no pudiendo disparar sus fusiles, servíanse de ellos para golpearse con rabia. Al fin, los realistas no lograron ocupar las trincheras, y se retiraron un momento, dejando entre los muertos á sus dos mejores Coroneles, Oviedo y el Conde de Casa Rul.

Calleja, que venía en un coche á retaguardia, no podía creer las noticias que se le comunicaban. El se hallaba acostumbrado á vencer. Toma su caballo, y manda que se repita el ataque horadándose las paredes divisorias de las casas que forman ambas líneas de la calle, para marchar cubiertos hasta la fuerte posición de San Diego. Los soldados del Rey entran en las miserables chozas matando á los habitantes pacíficos refugiados en ellas, no perdonando en su ciega rabia ni á las mujeres ni á los niños. Mas allí también encuentran á Galeana y á su sobrino D. Pablo, que les salen al paso. El famoso cañón llamado «El Niño» y las granadas de ma-

no enviadas á gran prisa por Morelos desde la plaza de Santo Domingo, producen destrozos en los asaltantes. Un joven de doce años, llamado Narciso Mendoza, ha seguido sirviendo la artillería de la trinchera, y ametralla á los grupos que corren á ocuparla. Todo nuevo esfuerzo es inútil. A las tres de la tarde escasea el parque entre los realistas; sus ataques han sido rechazados; varios de sus jefes superiores yacen tendidos en los alrededores de San Diego, y la sangre de cuatrocientos muertos y de mayor número de heridos tiñe la Calle Real y los destruidos edificios que la circundan.

Calleja tiene entonces que ordenar la retirada. Sus escarmetados batallones van á situarse á la hacienda de Santa Inés. El General español se halla poseído de ira; destituye al Coronel Jalón, porque le dijeron que se había ocultado tras una tapia, y toda la tarde se le ve pasearse con el semblante descompuesto, los puños cerrados, y sus ojos arrojando relámpagos.

Vino la noche cubriendo con su negro crespón aquella escena de muerte. Calleja tuvo que retirarse á su habitación; pero le fué imposible dormir. Sentía en su cabeza un calor febricitante, su corazón latía con una rapidez convulsiva, y en vano daba vueltas en su lecho llamando al reposo: sus pensamientos se oprimían en su espíritu cual olas agitadas. Al fin se levantó y salió al campo, donde millares de hombres dormían extendidos sobre la tierra: nada tenían para apoyar su cabeza; más numerosos eran sus peligros, más penosos sus trabajos, y sin embargo disfrutaban tranquilamente del sueño, mientras él erraba en su vigilia dolorosa, teniendo envidia á aquellos á quienes su vista contemplaba.

Sintió su alma descargarse un poco ante la frescura de la noche. Era la una de la mañana. El aire algo frío hería su rostro con el soplo balsámico recogido entre aquellos campos de caña: al frente se hallaba la pequeña villa contra cuyos fuertes conventos se habían estrellado aquel día los aguerridos batallones del Ejército, distinguiéndose los campanarios á la luz de la luna, cual si fuesen centinelas gigantescos encargados de la defensa; más allá, la vista de Calleja descubría la loma de Coahuixtla, donde el día anterior próximo había estado á punto de caer prisionero Morelos. ¡Cuánta diferencia en veinticuatro horas! La tarde del 18, el Caudillo insurgente se había visto rodeado de enemigos, salvándose por la abnegación de su escolta y por el temerario arrojamiento de Galeana, y ahora se encontraba victorioso en Cuautla, victorioso de las mejores tropas de Nueva España, victorioso del que siempre había triunfado y que por sus señalados servicios esperaba pronto el mando superior de la colonia.

La cúspide de los volcanes distinguíase á lo lejos, coronada de una nieve inmutable y eterna que habían respetado mil estíos y que no se fundía como el hombre ante la mano del tiempo. Aquel velo blanco saludaba la mirada del General español desde sus almenas rocallosas; velo al parecer ligero y frágil, pero el cual continúa brillando mientras la torre viene abajo y el árbol se rompe. En uno de esos volcanes la nieve tiene la forma de una mujer tendida, cubierta con un blanco sudario: se diría que es un paño mortuario arrojado sobre la Libertad, al ser sepultada en una tierra amada, donde su genio profético ha hablado varias veces por la voz de los grandes hombres. A la derecha é izquierda de Calleja extendíanse los campos de Buenavista, en los que pronto iría á colocar su tienda de campaña, y las famosas lomas de Zacatepec, que luego ilustrarían las hazañas de Matamoros.

Calleja tomó la dirección de Cuautla; pero presto tuvo que variar de camino. A cada paso su pie tropezaba con cadáveres, cuyos miembros devoraban perros hambrientos. Un grupo de estos animales percibió á alguna distancia, los cuales roían perezosamente los huesos de los muertos y apenas podían levantarse del lugar del festín ¡tan ampliamente habían reparado un largo ayuno á expensas de aquellos que habían caído y que les servían esa noche de banquete! Los buitres igualmente habían acudido allí, batiendo sus alas y picoteando los cuartos de caballo, mientras que un lobo venido de las montañas inmediatas tenía á alguna distancia, retenido por la presencia de los perros, y apenas se atrevía á tomar parte en aquel gran convite de carne humana.

La ferocidad de Calleja habíase excitado si todos los cuerpos allí destrozados hubieran sido de insurgentes; pero eran de sus oficiales más distinguidos, de sus continuos acompañantes, de aquellos á quienes el día anterior había estrechado la mano y animado para el combate, excitádoles su pundonor, su vanidad ó su ambición. Si el jefe ibérico hubiera sido capaz de un remordimiento, tiempo era aquel oportuno para tenerlo. Mas lo que quiso fué quitar de su vista un espectáculo repugnante, y cambiando de rumbo tomó la dirección de los campos de Buenavista.

Hizo largo paseo: tenía necesidad de él su espíritu agitado. Por último, rendido de fatiga, sentóse sobre una piedra, y pasó la mano sobre su frente en actitud de un hombre sumergido en una meditación profunda. Bajó la cabeza sobre su pecho ardiente, agitado y oprimido; sus dedos erraron convulsivamente sobre sus sienes, como la mano que se pasea sobre el teclado sonoro para preludiar el aire que quiere encontrar. Una idea se fijó al fin en su

cerebro. Reducirá la plaza por hambre. No cuenta para ello con tropas suficientes; pero mandará llamar las de Llano, quien no ha podido tomar á Izúcar y se hallará encantado de que lo saquen del compromiso. El Virrey tendrá que secundarlo en sus determinaciones, porque el triunfo de Morelos sería la pérdida de la colonia. Por último, aunque va á llegar la estación de aguas y sus soldados enfermarían en aquel clima, él, antes de que tal cosa ocurra, habrá tenido tiempo para tomar la plaza.

Tranquilizado un poco con este nuevo proyecto, vuelve á su cuarto de Santa Inés, y tomando sin vacilación la pluma, escribe al Virrey el siguiente oficio:

«Cauatla debe quedar demolida como Zitácuaro, y si es posible, sepultados los facciosos en su recinto. Para esto necesito infantería, cañones, víveres, pertrechos y tiempo. V. E. resolverá lo que deba ejecutar, en el concepto de que en el entretanto me mantendré en las inmediaciones más próximas en que halle subsistencias.»

Calleja, al escribir lo anterior, había tenido presente el «*Delenda est Carthago*» del viejo romano. Venegas le contestó mandándole la división de Llano, la artillería de Perote y todos los recursos en hombres, víveres, municiones y dinero que encerraba la Capital de Nueva España. Nunca una comunicación ha tenido mejor resultado, y Calleja podía estar satisfecho de haber seguido su inspiración, exornándola con una de tantas reminiscencias históricas, á las cuales era aficionado.

Mes y medio llevaba Cauatla de estar circunvalada, sufriendo constantemente el fuego de los cañones y morteros, sin que decayese el animo de sus defensores. Calleja dispuso entonces cortar el agua de Juchitengo, que abastecía á la población de ese elemento indispensable de vida, y el Batallón de Lobera dió cumplimiento á esta orden terraplenando en un gran trecho la zanja que servía de lecho al agua y dando otra dirección á la corriente. Morelos comprendió el inmenso daño que acababa de hacersele y mando á Galeana que en la mañana siguiente construyera un fortín que asegurase para siempre el abastecimiento de la villa.

Los soldados españoles se hallaban formados en círculo al redor de la toma de agua, reflejándose sobre la onda móvil el brillo de sus armas, cuando de improviso una viva luz que se desprende del bosque contiguo, hace centellar sus rayos oblicuos. Es el fuego de fusilería de las fuerzas independientes. Galeana va á su cabeza, con esa mirada que hace temblar á sus enemigos en el combate, héroe ilustre á quien ha confiado el General en jefe el

remedio para la sed ardiente que se experimentaba dentro de la plaza. Los realistas ceden ante su arrojo. Galeana aprovecha el instante para avanzar con su tropa, é inmediatamente levanta, á la vista y bajo los fuegos de sus adversarios, un fortín artillado con tres piezas.

Concluído aquel acto de audacia, al volver Galeana al pueblo, Morelos prepara en su obsequio un pequeño festín, bajo la sombra deliciosa de una tupida enramada. Se quiere que la rosa toque con sus caricias la frente del héroe; se manda traer el poco vino que hay en la población, y los jefes brindan por tres veces en honor de su valiente compañero. Estas fiestas campestres se repiten en lo sucesivo allí mismo: en el terreno próximo al reducto, al alcance de las balas enemigas, se organizan bailes y jamaicas á los que concurren jefes y soldados. La música da al viento sus alegres acordes, todo es regocijo y animación, y los disparos de los cañones realistas son recibidos con aclamaciones y vivas á la Independencia.

En una de las primeras noches del mes de abril, Morelos atacó denodadamente el fortín del Calvario, lugar importantísimo para los sitiadores. Calleja tuvo que enviar grandes masas de tropa para sostener aquel punto. Ya antes el Caudillo insurgente había recibido la noticia del descalabro sufrido en Mal País por D. Miguel Bravo, á quien se había encargado proveyese á la plaza de los víveres que escaseaban. En vista de tales sucesos, Morelos llamó á uno de sus más ameritados oficiales, el Cura Matamoros, y tuvo con él la conversación siguiente:

—Ya ve usted, le dijo, que el hambre, esa siniestra y eterna compañera de la guerra, se hace sentir dentro de Cuautla. Es preciso salir á traer provisiones, y pienso tomar parte personalmente en esta expedición, poniéndome al frente de tropas escogidas.

—Señor, replicó Matamoros, hay absoluta necesidad de que usted permanezca dentro de la plaza. La confianza no se impone, y todos la tienen únicamente en usted. Un soldado no debe solicitar servicio. Sin embargo, como tal vez sea lo de mayor peligro, si usted me considera digno de esa comisión importante, yo saldré á traer bastimento.

—Y ¿por dónde podrá usted forzar el círculo de hierro que nos oprime?

—Por el rumbo de Santa Inés.

—¿Necesitará usted mucha tropa?

—Cien dragones, con el Coronel Perdiz.

—Muy bien; voy á expedir las órdenes convenientes. Esta mis-

ma noche, si está obscura, procurará usted arrollar las líneas enemigas.

Y en efecto, en la noche, Matamoros rompió el sitio, yendo á reunirse, no lejos de Ocuituco, con las fuerzas que mandaba D. Miguel Bravo.

La noche sombría reinaba; los soldados insurgentes reunidos por Matamoros en el pueblo de Tlayácac comenzaban á abandonarse á las dulzuras del reposo, y sólo algunos guardias velaban la seguridad del campamento. En Cuautla los sitiados construían nuevas fortificaciones, cerraban las brechas practicadas por la poderosa artillería de Calleja, fabricaban proyectiles y se esforzaban en atender á los numerosos heridos que llenaban los hospitales.

De repente una gran claridad se distingue en el horizonte. Son los soldados de Matamoros que anuncian, por medio de una fogata encendida en la altura, que al día siguiente tratarán de introducir el convoy de víveres que vienen custodiando. Se han reunido provisiones de todos los alrededores, y á la verdad que aquéllas van siendo cada día más indispensables en la villa sitiada. La peste causada por los malos alimentos y por el exceso de bebida, pues el aguardiente es lo único que abunda, ha producido fuertes estragos.

Morelos da orden de que se secunden con vigor los trabajos de Matamoros. En la mañana siguiente, á los primeros disparos que se oigan, un cuerpo de dos mil hombres saldrá inmediatamente de la plaza y atacará con ímpetu los puntos ocupados por las tropas de Llano, próximos al reducto de Zacatepec.

Mucho antes de amanecer, las tropas de Matamoros se hallaban formadas y él colocado á su frente. Protegida por las últimas sombras, la vanguardia salvó pronto la distancia que la separaba del Ejército Español, presentándose ante el campamento de Llano; pero las avanzadas realistas habían escuchado el avance, y arrojando el grito de alarma, habían conseguido que todos despertaran y se armasen. A la vista del enemigo, el valor de los independientes no reconoció límites y se tornó en furor. Así como de lo alto del cielo el rayo serpenteando parte, resplandece, resuena y cae al mismo tiempo, así los insurgentes destruyen en un solo instante las líneas realistas, y con el sable en la mano persiguen sin descanso á los soldados de Lobera, cuyo jefe considera su batallón perdido por completo. Mas un espía ha comunicado á Calleja el punto por donde iba á verificarse el ataque, y Matamoros es pronto detenido en su triunfo por las fuerzas reunidas de todo el Ejército sitiador. El, á pesar de eso, no es capaz de intimidarse. Un torrente de fuego y humo se eleva en los aires, remolinea con gran ruido y cubre con



un denso velo lo que ocurre entre los contendientes; á ese estrépito horrible, á esas olas de luz que se distinguen, vienen todas las demás tropas á tomar parte en la lucha. Por todas partes se escucha el ruido de las detonaciones y el choque de los sables; arroyos de sangre tiñen el suelo, y ante aquella general hecatombe huye la noche sobre su carro de ébano.

Cuatro horas duró el combate, al cabo de las cuales Matamoros se vió obligado á ordenar la retirada. Verificóse ésta en buen orden, volviendo el Ejército á cruzar las barrancas de Tlayácac, que había atravesado en la mañana lleno de esperanzas. Matamoros caminaba triste y preocupado. No había podido cumplir el encargo de Morelos, y además se había visto forzado á abandonar á los jefes salidos de Cuautla, oyendo aún á lo lejos el fuego nutrido que sostenían con el enemigo.

La situación de Cuautla fué insostenible después de haberse perdido toda esperanza de proveerla de víveres, con el descalabro sufrido por Matamoros.

Calleja creyó que era llegado el momento de que los sitiados se rindiesen, y pasó á Morelos, por medio de un oficial parlamentario, el bando de indulto concedido por las Cortes Españolas.

Pero Morelos no pensaba en rendirse, sino en romper el sitio. Devolvió el bando al General realista con estas irónicas palabras escritas en el reverso: «Otorgo igual gracia á Calleja y á los suyos.»

El 2 de mayo de 1812, á favor de una obscura noche, emprendió Morelos su salida, llevando Galeana la vanguardia con la mejor infantería. La columna se dirigió en el mayor silencio por la caja del río, rechazó sesenta granaderos que defendían el espaldón que la cruzaba, salió por allí al camino de la hacienda de Guadalupe y se dispersó por los diversos pueblos situados en la extensa falda del Popocatepetl.

El Ejército Español pudo entrar entonces á Cuautla; mas no encontró sino una población de espectros. El hambre y la miseria se veían en todos los semblantes; la peste había añadido sus desastres, y las casas se hallaban llenas de enfermos y con cadáveres que no había quien sepultara. Los mismos soldados realistas enterneciéronse, y cedieron su rancho á aquellos infelices, para muchos de los cuales, en el estado de desfallecimiento en que se encontraban el alimento era veneno, pues luego que lo recibían, quedaban muertos.

Así mostró Cuautla su decisión por la causa de la Independencia, pudiendo ser colocado el sitio que sufrió entre los dignos de ser recordados por la Historia.

## CAPÍTULO IV.

## PRISIONES Y COMBATES.

D. Leonardo Bravo había sido hecho prisionero al salir de Cuautla.

Pronto fué trasladado á la soledad de un calabozo. La sombra de aquellas verjas aborrecidas, interceptando los rayos del sol, llevó á su cerebro, por el intermedio de su pupila, una sensación ardiente de pesares y de amargura. Se hallaba al frente de esa puerta que se abría tan sólo una vez al día y que no dejaba pasar sino alimentos sin sabor; sus comidas tenía que hacerlas como una bestia feroz, acostado en aquella caverna, de donde no debía salir sino para la tumba; oía arriba de su cabeza los gritos prolongados y las blasfemias á medio articular de presos á quienes destrozan á chicotazos; había hecho conocimiento en aquel sitio con hombres que se complacían en atormentar á sus semejantes, en acrecer los horrores de la prisión y en servir oficiosamente á la maldad cruel de los tiranos. Con esos hombres y con sus víctimas en medio de tales ruidos y de semejantes espectáculos, Bravo tuvo que pasar cuatro meses, al cabo de los cuales recibió la noticia de su condenación á muerte.—Y bien, sea en hora buena; iba al menos á gozar de reposo.

El 13 de septiembre de 1812, Bravo sufrió en México la pena de garrote vil, mostrando en sus instantes postreros la calma y el valor de que dió tantas pruebas en los combates.

Morelos comunicó esta noticia á D. Nicolás, hijo del difunto, previniéndole pasara inmediatamente por las armas á los prisioneros españoles que estuvieran en su poder.

D. Nicolás se hallaba en Medellín cuando recibió el pliego de Morelos, y obrando conforme á él, mandó poner en capilla á cerca de trescientos prisioneros que habían caído en sus manos. Mas en la noche se vio al jefe insurgente recorrer repetidas veces el pórtico de la casa que le servía de habitación. La luz brillaba y esclarecía las lozas del piso, reflejándose sobre la bóveda alta y acanalada del templo inmediato, cuyas figuras de santos, que dominaban las ventanas góticas en la actitud de la plegaria, parecían crecer ante el ojo en formas fantásticas. Todo se hallaba en armonía con la actitud meditabunda del Caudillo insurgente y con su faz yerta y pálida, que lo hacía parecer un espectro.

¿Qué había pensado? ¿en qué meditaba tan largo tiempo? El mismo D. Nicolás Bravo lo dijo después en una de sus cartas: «En la noche, no pudiendo tomar el sueño, me ocupé en reflexionar que las represalias que iba á ejecutar disminuirían mucho el crédito de nuestra causa, y que observando una conducta contraria á la del Virrey, podrían conseguirse mejores resultados; pero se me presentaba el obstáculo de que mi responsabilidad quedaba sin cubrirse, por la orden que había recibido de mi jefe.» En estos pensamientos pasó toda la noche hasta las cuatro de la mañana. A las ocho, manda Bravo formar la tropa con todo el aparato que se requiere para una ejecución; hace salir á los presos, á quienes coloca en el centro; les manifiesta que el Virrey Venegas los ha expuesto á perder la vida, por no haber admitido la propuesta que se le hizo en favor de ellos por la existencia de D. Leonardo Bravo. Y cuando todos temen que la orden de fuego resuene, aquel jefe no sólo perdona la vida á los prisioneros, sino que les concede entera libertad para que marchen á donde les convenga. Oyense los gritos de gozo y las frases de agradecimiento; nadie quiere irse, y todos quedan al servicio de la División. Se elogia en todos tonos la magnanimidad del héroe mexicano, y por primera vez se ve lucir, en medio de aquella guerra de exterminio, el noble sentimiento del perdón.

Esta acción generosa, digna del recuerdo de la historia, fué pagada á Bravo, algunos años después, con una dura prisión en la Acordada, cargándosele de cadenas. Cuando la hora de la libertad sonó al fin y se intentó quitar los grillos al preso, éstos se habían enterrado en las piernas, siendo preciso limarlos. Por algún tiempo, después de salir de la cárcel, tuvo Bravo que andar con muletas. Tal fué la recompensa que el Gobierno Español dió á aquel hombre ilustre, que no había vacilado en perdonar en medio de la exaltación de las pasiones y cuando su superior le ordenaba el castigo.

La laguna de Chapala es una vasta extensión de agua que mide más de cien leguas cuadradas de superficie, en cuyo centro se alza, aunque algo aproximada á la costa del Norte, la isla volcánica de Mexcala. Esta isla fué teatro de una empeñada lucha durante un largo período de la guerra de Independencia.

El Cura D. Marcos Castellanos se había refugiado allí con soldados valientes y emprendedores. Después de derrotar á Iñíguez en las cercanías de Mexcala, á Serrato en San Pedro Ixican, á Alvarez en Poncitlan y á Linares en la misma laguna, atrajo sobre sí toda la atención del Comandante de Nueva Galicia, D. Jo-

sé de la Cruz, quien mandó á combatir la insurrección á su mejor teniente, Negrete. Al mismo tiempo ordenaba Cruz la formación de una escuadrilla, enviando orden tras orden á San Blas para que se remitiesen las lanchas que debían formarla.

Terminaba el año de 1812. Rubí, jefe insurgente, después de dejar á Rayón en el cerro del Gallo, fatigado de las disensiones que el Presidente de la Junta Suprema sostenía con sus colegas Licéaga y Verduzco, y no queriendo coadyuvar á ellas, determinó trasladarse á Mexcala con el objeto de tomar parte en las gloriosas aventuras de aquel grupo de valientes, llegando cuando los españoles se preparaban á atacar la isla y en los momentos en que podía prestar sus servicios para la memorable defensa que Castellanos iba á hacer de aquel lugar.

La escuadrilla estaba dispuesta y sólo esperaba la orden respectiva para tomar á bordo las tropas escogidas que mandaba Negrete y rodear por completo la posición. La señal de partida se dió al cabo de poco tiempo. A la cabeza de la escuadrilla avanzaba la lancha del jefe de la expedición, D. Felipe García, distinguido marino español que había navegado en los mares más tormentosos del globo y concurrido á varios combates navales. Seguía D. Pedro Celestino Negrete, hendiendo las olas con la proa de su embarcación. A sus órdenes militaban mil doscientos soldados, adiestrados en todos los trabajos de la guerra, perfectamente armados y con absoluta confianza en su jefe, formando un batallón compacto, erizado de ballonetas, á cuyo empuje parecía que nada era capaz de resistir.

Llegaron frente á la isla, y los cañones hicieron oír su voz, las banderas se desplegaron y los guerreros se dispusieron al desembarco. De pie, en la extremidad de la popa, Negrete señalaba como punto de arribo las rocas escarpadas de la costa; pero en aquel momento una bala le llevó los dedos de la mano derecha. Las balas llovían numerosas y apretadas, semejantes á las grullas que atraviesan las llanuras del aire y huyen de la tempestad arrojando gritos.

El ardor de los asaltantes fué contrariado por el arrojamiento de los sitiados. Al aspecto de la laguna cubierta de lanchas y de las proas dirigidas hacia la playa, Castellanos contestó con los relámpagos de su artillería y con el fuego nutrido que vomitaban los fusiles de sus infantes. Eran los cometas arrojando lúgubres claridades, ó más bien, eran los fulgores del ardiente Sirio que entristecían el cielo con su brillo fúnebre. Mas Negrete no perdía la esperanza de apoderarse de la costa. Exhortaba, animaba á los suyos: «Sal-

temos, les decía; no pueden resistir nuestro empuje. Soldados vencedores de cien combates, adelante.»

Y las lanchas atracaron y comenzaron á desembarcar las fuerzas que conducían. Mas en ese instante una granizada de piedras causó en ellas inmenso destrozo. Sucumbieron el Comandante García y varios marinos y soldados; muchas lanchas se rompieron, dejando á los tripulantes á merced de las ondas; los restos flotantes de las embarcaciones hicieron aún más difícil el acceso á la playa, de donde el reflujo las rechazaba con violencia, y ese momento lo había aprovechado Castellanos para reunir sus tropas, las cuales presentaban ya un conjunto formidable.

Los clarines se hicieron oír. Santa Anna y Encarnación Rosas cayeron sobre las bandas realistas y arrojaron el espanto entre ellas. Pronto tuvo Negrete que ordenar la retirada; mas entonces los indios de la isla se embarcaron en multitud de canoas, y sólo pudo el jefe español volver á tierra dejando en poder de los independientes algunas lanchas, numerosos prisioneros, un cañón y bastante parque.

Un jefe mandado por Morelos felicitó á Castellanos por su espléndida victoria. Ya los realistas no intentarán ningún ataque á viva fuerza, dijo. Bloquearán la isla, y, para proveerse ustedes de víveres, tendrán que sostener continuas luchas.

—Nos inspiraremos, contestó Castellanos, en el ejemplo de Cuautla.

El 21 de noviembre de 1812, las tropas de Morelos recibieron la siguiente orden del día: «A acuartelarse á Oaxaca.»

Muy temprano se formaron las columnas. Los jefes de ellas eran Galeana, D. Miguel Bravo, Sesma y Victoria; el punto de reunión, la Plaza de Armas. A las diez se dió la señal de ataque. La segunda columna tomó el rumbo de la Merced y fué la primera que desembocó en la plaza. Una vez allí, se empleó parte de la fuerza en auxiliar á Galeana, detenido por el difícil obstáculo de Santo Domingo y otra parte en el Juego de Pelota, donde el Coronel Victoria había tenido que arrojar al foso y pasarlo á nado, llegando al pie de los parapetos enemigos envuelto en el humo de las descargas.

Fueron necesarias tres horas de obstinada lucha; mas al fin Morelos pudo entrar vencedor, al estruendo marcial de las dianas y á las aclamaciones entusiastas de sus tropas. Los jefes españoles Sarabia, Régules, Bonavía y Arista habían sido hechos prisioneros. Se tenía ya una Provincia que iba á suministrar á la revolución grandes recursos en hombres y dinero y que por algún tiempo haría lucir para los patriotas el iris de la esperanza.

## CAPÍTULO V.

## ACAPULCO Y CHILPANCINGO.

Pocos meses después del triunfo de Oaxaca, el Ejército de Morelos fué á acampar cerca del sitio donde Acapulco se eleva á orillas del mar. No se prolongan allí esos terrenos arenosos, propios de Veracruz y de otros puertos del Golfo, terrenos en los que el sol refleja todos sus fuegos y á los que el viento Norte agita en torbellinos; por el contrario, pinos, encinas y cipreses esparcen todos sus perfumes sobre las olas espumosas. En ese clima la tierra no necesita arado, y ella misma se adorna de ricas cosechas; plantas sin cultivo prodigan sus frutos y su frescura de ámbar; un calor igual conserva los pastos; los céfiros acarician las praderas y mueven en el oro de las nubes flotantes el carro voluptuoso de la Primavera.

Acompañaban al Caudillo insurgente, en esa expedición, algunos de sus colaboradores más ilustres: Galeana, el que siempre se distinguía por su intrepidez en el ataque; Avila, el soldado fiel que había conservado la posición del Veladero. Por la parte contraria, mandaba en la plaza el Coronel Pedro Vélez, mexicano de origen y jefe rígido y severo. Había cerrado con fuertes trincheras todas las avenidas que conducían á Acapulco, apoyando su principal defensa en el Castillo de San Diego. Contestó con altivez la comunicación que se le dirigió para que se rindiese, y habíase dispuesto á rechazar con energía el asalto.

Acapulco no fué difícil de tomar; pero quedó el Castillo en poder de los realistas, los que se retiraron allí en las primeras horas de la noche del 12 de abril de 1813.

Eran las cuatro de la mañana del 13 de junio cuando Morelos, abandonando el lecho, fué á reunirse con D. Pablo Galeana, que lo esperaba en la playa con ochenta hombres.

—Pablo, le dijo, ¿están ya las tropas dispuestas? Que nada te detenga. Marcha y apodérate de la isla de la Roqueta, que es el lugar de donde reciben víveres en abundancia nuestros enemigos. D. Hermenegildo te apoyará con dos piezas de artillería situadas en la Calera.

A esa orden del General en Jefe, los héroes viajeros se lanzaron en varias canoas, y pronto las olas los levantaron, como á esas

hojas errantes que de lo alto de una encina ha hecho caer el viento. En el timón de una barca ligera se veía al joven Galeana, el jefe de la expedición: estaba en la primavera de sus días; su cara, en la que se pintaba su alma entera, ofrecía un aspecto franco y simpático; sus cabellos caían negligentemente sobre sus sienes; sus armas brillaban en la obscuridad en círculos radiosos, cual si fuesen el plumaje de un hermoso pájaro, cuya pompa inconstante y confusa encanta las miradas, las deslumbra y las engaña. La pequeña partida se alejó pronto de la playa; abandonó las velas á las caricias del aire, y los esquifes resbalaron sobre las aguas como un relámpago. El mar, con frecuencia tan amenazador, había apaciguado su oleaje; la tempestad había huido; el cielo estaba puro, y la calma empezaba á recostarse perezosamente sobre su trono azul.

Las canoas pasaron bajo los fuegos del Castillo sin ser descubiertas, y á la vista de los tripulantes aparecieron, entre las sombras, los contornos de la isla, lugar de su destino. Al principio, la forma de una roca que del seno de las aguas se levantaba en prisma, hizo creer en algún gigante que pretendía desafiar al cielo con su cólera inflamada. Mas después, las primeras claridades del alba mostraron, cerca de la enorme peña, árboles que enlazaban sus ramas tortuosas, céspedes frescos y flores de todos matices. Allí también la rosa se levantaba ufana, la violeta exhalaba sus perfumes modestos y el lirio recibía sobre su copa de plata las lágrimas de la aurora.

Galeana había escogido la roca para efectuar el desembarco: la vigilancia de la guarnición en la parte accesible de la isla no prometía éxito favorable. Al acabar de subir, Galeana mandó romper el fuego sobre la guarnición, la cual fué al mismo tiempo atacada, en el lado opuesto, por los soldados de otras canoas que allí habían arribado. El estupor causado por la sorpresa produjo la derrota de los realistas, quienes, sin orden ni concierto, huyeron á sus embarcaciones con intención de retirarse al Castillo. Pero no se les dió tiempo para ello, y gran número de prisioneros, tres cañones, parque, armamento, la goleta Guadalupe y, sobre todo, la adquisición de la Roqueta fueron el fruto de este audacísimo asalto.

Galeana, al volver á Acapulco, fué felicitado por Morelos. En este momento, dijo este último, me llega la noticia de un brillante hecho de armas de Matamoros en las inmediaciones de Tonalá, noticia que no había podido llegar antes por haber estado interceptadas las comunicaciones con Oaxaca. Tu triunfo, Pablo, va á estar ligado con el de uno de los capitanes más ilustres que tenemos

entre nosotros, y voy á mandar se echen á vuelo todas las campanas de Acapulco para celebrar ambas victorias.

El Castillo de San Diego fué ocupado algún tiempo después, rindiéndose Vélez, y Morelos se trasladó á Chilpancingo.

¿Tendrán razón mis amigos? pensaba Morelos en su casa habitación de Chilpancingo. ¿De la instalación del Congreso va á datar la era de nuestras desgracias? ¿van á sobrevenir la desunión y la discordia como efectos precisos de la falta de unidad de mando? ¿las ventajas obtenidas se disiparán como el humo, y pronto tendremos al enemigo persiguiéndonos con la punta de la espada, no dando cuartel, y esparciendo por doquiera la desolación y el exterminio? En todo caso, si esto ha de suceder, hay que resignarse á la fatalidad que nos rige. Yo no puedo prescindir de estos instintos de libertad; me siento arrastrado, arrebatado por ellos; los he contrariado en multitud de ocasiones, los he aplazado para más adelante, y ellos reaparecen, como una eterna esfinge, y me violentan, y me empujan, y me llevarían aún al abismo.

Mas ¿es realmente un error el establecimiento del gobierno libre? ¿es una falta llamar á la Nación á que sea dueña de sus destinos? Todavía no puedo convencerme de ello. Suponiendo que se difiera nuestra emancipación por quebrantarse en los momentos de lucha la fuerza del mando, la Independencia tiene al fin que realizarse en lo futuro, sembrada como se halla la idea en todo el país, y habremos desde el principio acostumbrado al pueblo á la libertad, fundando las bases de una buena administración.

Sin embargo, diferir la Independencia, permitir que sigan corriendo arroyos de sangre por un largo período, es asimismo una gran responsabilidad. El mal éxito, que todo lo opaca, arrojará lodo, al rodar por el polvo nuestra gloriosa bandera, y los que sostenemos la lucha vamos sin duda á ser vilipendiados, tan sólo por el delito de no haber sido siempre felices. . . . .

En aquel instante entró el Secretario Rosáins con el semblante lleno de satisfacción.

—Señor, dijo á Morelos; los jefes y oficiales del cuerpo de Ejército han electo á usted Generalísimo entre los cuatro Capitanes Generales, y su designación la ha aprobado el Congreso por unanimidad de votos, quedando usted, además, investido del Poder Ejecutivo con plenitud de facultades.

—Conteste usted, replicó secamente Morelos, que agradezco la confianza que en mí se deposita; pero que renuncio á ambos cargos, por considerarlos superiores á mis merecimientos y capacidad.

—Pero, señor . . . . . se atrevió á replicar Rosáins.



—Haga usted luego lo que le mando.

Y Rosáins, ambicioso que esperaba elevarse al lado de Morelos, vió en un instante trastornados todos sus planes.

No era hombre, empero, capaz de desalentarse, y fué inmediatamente á divulgar la noticia entre los militares y el pueblo, á fin de que pidieran al Congreso no aceptase la dimisión.

Le costó poco trabajo conseguirlo, porque el prestigio de Morelos era universal.

El Cuerpo Legislativo volvió á reunirse en la tarde, y después de alguna deliberación insistió en que Morelos fuera el Primer Jefe del Ejército y el depositario del Poder Ejecutivo, mandando, además, que llevara el título de Alteza

Rosáins volvió con la noticia á Morelos.

Este se halló contrariado.

—¿Va usted á ser el primero que dé el ejemplo de la resistencia? dijo el Secretario con alguna energía.

Morelos hizo una señal de impaciencia; mas al fin juzgó indispensable inclinarse ante la decisión suprema.

Dirigióse entonces hacia la iglesia, lugar donde el Congreso se hallaba reunido, y después de dar las gracias al Presidente de la Corporación, manifestó que aceptaba el doble mando que acababa de conferírsele. Unicamente hizo observaciones respecto del tratamiento: Yo no quiero más que un solo título, exclamó ante la Asamblea: el de Siervo de la Nación.

El Congreso acordó se asistiera á un solemne Te Deum y el acto terminó entre los aplausos y calurosos plácemes de todos.

## CAPÍTULO VI.

### VALLADOLID Y PURUARAN.

El 7 de noviembre de 1813, Morelos salió de Chilpancingo á la cabeza del grueso de sus tropas, y reuniendo en Cutzamala las Divisiones de Matamoros y de D. Nicolás Bravo, se presentó el 23 de diciembre á la vista de Valladolid, lugar donde se habfa determinado fuese trasladada la residencia del Congreso.

El Ejército Insurgente desplegábase en la llanura, bien provisto de armas y de caballos y con estandartes de colores resplandecientes. Galeana mandaba las primeras filas; las últimas marchaban bajo las órdenes de Matamoros. En el centro veíase á More-

los: tal cual un río hinchado con sus afluentes, avanzaba en una calma majestuosa.

Los españoles han descubierto la aproximación de los independientes por las espesas nubes de polvo que se elevan en el aire y por las tinieblas que cubren el terreno. Landázuri, el jefe de la guarnición, ha sido el primero que, desde lo alto de una torre, ha observado el torbellino que adelanta. — ¡«A las armas, soldados! ¡á las trincheras! ¡tenemos enemigo al frente! ¡que se avise á Llano y á Iturbide, que se hallan en Indaparapeo, la necesidad de un violento socorro!» Los realistas corren á las puertas de la ciudad y cubren las fortificaciones. La orden prescrita por el jefe es que por ningún motivo salgan á campo descubierto: su tarea es defenderse al abrigo de las murallas. Dóciles á la consigna que han recibido, oponen sus puertas al enemigo y esperan armados y atrincherados en las garitas.

A la cabeza de su División se ve á Galeana desprenderse del resto del Ejército y avanzar hacia la ciudad. Monta un caballo alazán con manchas blancas, y sobre su sombrero galoneado ostenta una lujosa toquilla. — «Soldados, dice, siganme. Véamos quién es el primero que llega á Valladolid.» Dichas estas palabras, se lanza orgulosamente en el espacio descubierto que lo separa de la plaza. Un vivo clamor se eleva entre sus tropas, las cuales lo siguen con entusiasmo. Los cañones enemigos se hacen oír; pero no detienen á aquellos valientes, quienes llegan pronto á la garita del Zapote y buscan alguna parte accesible por donde penetrar. Tal cual un lobo explora todas las entradas de un redil, así el jefe insurgente busca un medio de introducirse en la población, salvando aquellos atrincheramientos que detienen su audacia.

Las fuerzas que defienden la garita son arrolladas, y Galeana llega á las primeras calles de la ciudad. Un nutrido y formidable tiroteo se escucha; las trompetas hacen resonar á lo lejos los terribles acentos del metal sonoro, y el Ejército las responde con exclamaciones de guerra. Y los insurgentes comienzan á horadar los edificios, ya avanzan hacia al centro, protegidos por todo lo que en su camino pueden encontrar á propósito para formar un obstáculo. . . . De improviso un ruidoso tropel de caballos se escucha á retaguardia. Son Llano é Iturbide que vienen en auxilio de la plaza. Galeana se encuentra entonces entre dos fuegos; no obstante, previene á sus soldados que hagan frente por todas partes, y se oye el choque repetido de las armas en medio de una pelea espantosa, y una lluvia de balas inunda el lugar del combate, como cuando el ciclón en cólera, desencadenados los vientos del Norte y con ellos las ne-

gras tempestades, destroza el flanco de las nubes cargadas de granizo.

Galeana no pudo resistir más, y se abrió paso entre la multitud de enemigos que lo rodeaba. Cuando volvió á salir á la llanura, Matamoros se movía en su auxilio; pero ya no era tiempo. Habíanse perdido setecientos hombres entre prisioneros y muertos.

En la noche, el desastre fué de mayor importancia. Iturbide salió de Valladolid y, mezclándose audazmente entre las tropas de Morelos, hizo que toda la noche se batieran insurgentes con insurgentes. En la mañana siguiente, el General en Jefe tuvo que ordenar la retirada.

Doce días después, Morelos creyó necesario contrarrestar por alguna acción importante el desaliento que se había apoderado de sus tropas con motivo de los sucesos funestos de las Lomas de Santa María. Una inmensa corriente de fugitivos, de oficiales separados de sus cuerpos, de caballos sin jinetes, de trenes y carros faltos de conductores, llenaba los caminos, y la retirada tenía lugar en desorden, dejándose por donde quiera heridos y despojos. Era preciso restablecer el prestigio militar perdido, y á semejanza del león tocado por los cazadores, prepararse nuevamente al combate, rompiendo el dardo con que había logrado herir el enemigo emboscado.

Matamoros hizo al General en Jefe algunas observaciones. Las mejores tropas habían sido destruídas. El mejor Regimiento de la División que él mandaba, había sido deshecho, pereciendo su jefe. Galeana y Bravo habían sufrido mucho en el ataque de la garita del Zapote. ¿Qué quedaba? algunos batallones de menos confianza, y con ellos no era posible hacer frente á enemigos que marchaban engreídos por la próspera fortuna.

La llegada de D. Ramón y D. Rafael Rayón decidió al fin una nueva acción definitiva en la hacienda de Puruaran. Se fortificaron los edificios de la finca con troneras y parapetos y se reforzaron las cercas de piedra suelta que los rodeaban. Morelos se preparó á la lid haciendo venir su mejor caballo y ajustando á su cintura la espada que había brillado victoriosa en Tixtla, Chilapa, Taxco, Oaxaca y Acapulco. Su cara lanzaba ardientes chispas, y el fuego brillaba en sus ojos inflamados.

Llano é Iturbide se aproximaban con sus fuerzas victoriosas. Los jefes independientes temen entonces que caiga prisionero el sostenedor de la revolución, y todos en cuerpo se dirigen á Morelos, suplicándole no se exponga en aquel choque decisivo: él reúne un alto cargo militar y el Poder Ejecutivo de la República. Mo-

relos insiste en estar presente en la batalla; pero sus consejeros se lo llevan, casi por fuerza, á la hacienda inmediata, Santa Lucía, y hacen que entregue la dirección militar á Matamoros.

Es éste un estoico á quien la vida poco importa y que, á pesar de creer que la defensa es imposible, se resuelve á esperar allí á las fuerzas adversarias. D. Ramón Rayón insta sobre la necesidad de elegir otro punto para la resistencia; pero Matamoros se encoge de hombros, manifestando que á él solo toca obedecer las órdenes que ha recibido del Generalísimo. En tales momentos preséntanse á la vista Llano é Iturbide.

Los clarines se hacen oír. Orrantía y Claverino atacan amenazando el frente y la izquierda de las posiciones, mientras Llano dirige los fuegos de su artillería sobre las cercas, produciendo el efecto de metralla al hacerlas saltar y causando con esto formidable estrago en los que se hallan guarecidos tras de ellas. Los caudillos insurgentes contestan haciendo prodigios de valor: allí está Bravo, lleno de confianza en su juventud y en su fuerza; allí aparece Galeana, de brazo vigoroso que sostiene una espada resplandeciente; allí está Rayón, que ha perdido un ojo en Zitácuaro; allí Matamoros, que desafia con calma los rayos continuos de la artillería y se burla con irónica sonrisa del plomo candente que rebota en su derredor.

La acción es reñida y sangrienta. Del mismo modo que los vientos libran combate en el mar, no cediendo ni ellos ni las olas, así, al entrar los soldados realistas por los portillos que la artillería ha abierto, se chocan con las falanges insurgentes pie contra pie, guerrero contra guerrero, sin que ninguno ceda en la lucha.

Mas al fin la victoria se decide por los soldados del Rey. Los independentes tienen que huir en desorden. Matamoros trata en vano de detenerlos. —«No es á la agilidad de los pies á la que debe confiarse la salvación; es el hierro el que debe abrir un camino por entre las filas enemigas.» Pero toda exhortación es inútil. El mismo General en Jefe se ve obligado á vadear el río que se halla á su espalda, y al efectuarlo es hecho prisionero por un soldado del Batallón de Frontera.

De esta manera terminó la desgraciada campaña de Valladolid, perdiéndose un inmenso material de guerra aglomerado á costa de trabajos y de constancia infatigable: todo por el deseo de que el Congreso se trasladara á una población importante. El adalid de la revolución comenzaba á recoger los amargos frutos de la organización política que había imaginado, y el prestigio que se había querido dar á la Majestad Legislativa costaba á la Nación la sangre de sus mejores hijos.

## CAPÍTULO VII.

## NUEVOS TRABAJOS PATRIÓTICOS.

Morelos no era hombre que se abatía en la adversidad. Con los dispersos recogidos después de las desgraciadas acciones de Valladolid y Puruaran, reúne á orillas del Mexcala un nuevo Ejército de mil hombres. Pero esto no le basta. A su espalda tiene las dos Provincias de Tecpan y Oaxaca, teatros de sus victorias; con los recursos que en ella existen puede aún batir con éxito al enemigo orgulloso. D. Víctor Bravo, sin embargo, acaba de ser derrotado por Armijo, y urge salvar al Congreso y hay que hacer frente por tercera vez á las tropas realistas, sin descuidar la formación de nuevas fuerzas. En semejantes circunstancias tiene que dejar un jefe que contenga á Armijo, mientras él va hacia el Sur á adoptar medidas capaces para hacer volver la fortuna á las banderas de la insurrección.

Mas ¿en qué jefe se fijará para dejarle el mando? Galeana y Bravo son sin duda los más inteligentes; pero participan quizá de ciertos sentimientos hostiles que hay en el Ejército hacia el Cuerpo Legislativo, pues se inculpa á este alto Poder, cuya soberanía interviene en todas las decisiones, por la marcha poco feliz de los asuntos públicos. Puede intentarse algún golpe de estado, ó, cuando menos, dejar que el enemigo avance y se apodere de los representantes. Estas reflexiones preocupan el ánimo de Morelos, y repitiéndose la vacilación de Chilpancingo, duda al resolver sobre lo que pueda ser oportuno.

Al fin deja confiado el Ejército á su Secretario Rosáins. Aunque Abogado, no es extraño á los asuntos de la guerra: antes de ir á Chilpancingo, había levantado en armas cerca de mil hombres en la zona comprendida entre Chalchicomula y Tepeyahualco, figurando entre los bravos guerrilleros de la Provincia de Puebla. Le encarga que proteja la retirada del Congreso y que sacrifique hasta el último hombre antes que permitir ataque alguno á los depositarios de la soberanía popular. Hechas tales prevenciones, parte á promover el levantamiento en masa de los pueblos y á organizar una vigorosa resistencia contra el enemigo que se acerca.

Con infatigable actividad recorre diversas poblaciones. Desde Coyuca escribe al Virrey proponiendo doscientos prisioneros por

la vida de Matamoros; en Huehuetlan recibe la noticia de que las fuerzas de Rosáins se han desbandado y de que el jefe ha escapado á duras penas de la muerte. No importa: la recluta de nuevas tropas adelanta rápidamente, y las montañas cercanas á la costa van á ser poderosos baluartes para defenderse del invasor. A estos importantes trabajos se halla dedicado Morelos cuando recibe orden del Congreso para presentarse en Tlacotépec.

La Asamblea Legislativa, como todo cuerpo colegiado en los momentos de peligro, pretende salvar la situación dictando sin orden ni concierto un buen número de disposiciones. Confiere á Rayón el mando militar en las Provincias de Oaxaca, Veracruz, Puebla y México, y á los pocos días da igual nombramiento á Rosáins en Veracruz y Puebla, con lo que produce entre ambos jefes una abierta rivalidad, que es seguida de disensiones á mano armada. Aumenta el Congreso de una manera irregular el número de sus vocales; mas, sobre todo, está resuelto á retirar á Morelos las amplias facultades políticas que se le habían concedido, y en tal virtud es llamado el Caudillo insurgente para que presente su dimisión.

Morelos renunció al poder á las primeras insinuaciones que se le hicieron: tan sólo pidió seguir sirviendo á su patria como soldado. Sus anteriores y brillantes hechos de armas se hallaban eclipsados por la desgracia; pero en todo tiempo conservaba el derecho de sacrificar su vida por la salvación del país. El Congreso entró á ejercer el Poder Ejecutivo, y Morelos aceptó la misión de ir á dismantelar el castillo de Acapulco, poniéndose en marcha, sereno y tranquilo, hacia el lugar de sus primeros triunfos.

Morelos, convertido en simple soldado, después de dimitir el mando supremo, encargado por el Congreso de dismantelar el castillo de Acapulco, cumplió esta misión; y dejando á Galeana para que defendiese la posición del Veladero, él se dirigió á la Costa Grande á organizar nuevas fuerzas. En esta ocupación se encontraba cuando supo la muerte de Galeana, ocurrida en el ataque de Coyuca. «Me han quitado los dos brazos,» exclamó. El otro brazo era Matamoros.

Los que no saben comprender á los héroes, los que son incapaces de discernir los grandes sentimientos que forman el móvil de las acciones de estos seres privilegiados, empezaron á echar al viento hablillas de toda clase. Morelos se hallaba disgustado con el Cuerpo Legislativo; no podía olvidar la injuria que se le había hecho, al insinuársele descendiera del puesto prominente en la nueva democracia. Los rumores fueron demasiado lejos para que llega-

sen á oídos de los realistas, y D. José de la Cruz los hizo circular en Guadalajara, exagerándolos y abultándolos. Según él, Morelos y el Congreso estaban divididos por una rivalidad manifiesta y por un odio mutuo y profundo.

El General independiente juzgó necesario contrariar estas voces, y se movió de su campamento de Atijo para ir á encontrar á los miembros de la Representación Nacional en Santa Efigenia. Allí se le recibió con grandes demostraciones de respeto. Pero era preciso algo más. El Congreso, trasladado á Tiripitío, publicó un manifiesto negando que la discordia se hubiese introducido entre las autoridades y que la ambición agitara á los espíritus. Morelos añadió su palabra á estas afirmaciones, para que el efecto fuese más eficaz: «Señor, decía en una exposición al Cuerpo Legislativo, nada tengo que agregar á lo que V. M. ha manifestado al pueblo en cuanto á la anarquía mal supuesta, lo primero, porque V. M. lo ha dicho todo, y lo segundo, porque, cuando el señor habla, el siervo debe callar. Es notorio que, saliendo de la costa, varié tres veces mi marcha, en busca del Congreso, para Huayameo, Huetamo y Canario, á tratar sobre la salvación del Estado con el acuerdo conveniente. Digan cuanto quieran los enemigos, jamás variaré del sistema que justamente he jurado, ni entraré en disensiones de que tantas veces he huído. Las obras acreditarán estas verdades, y no tardará mucho en descubrirse á los impostores, con lo que el pueblo quedará satisfecho.»

Poco tiempo después publicóse con gran pompa la Constitución de Apatzingan. Morelos se hallaba presente. Vea al fin realizados sus ideales de libertad, y esto lo indemnizaba un poco de sus infortunios en la guerra. Un banquete tuvo verificativo el día en que se promulgó el Código Político, banquete al que asistieron los principales personajes. Morelos tomó la palabra y expuso sus más culminantes pensamientos.

«Comienzo, dijo, haciendo justicia á los autores de la nueva obra legislativa. Ellos han arrojado con serena intrepidez los peligros y no han vacilado en dar su vida por la libertad de su país. Goces sociales, familia, intereses, todo lo han abandonado sin sentimiento, para llevar sus luces, su ardiente fe y su actividad á una causa nobilísima. Hombres como Quintana Roo, Rayón, Cos, Alderete, Soria y Sesma habrían recibido distinguidas consideraciones del Gobierno Virreinal si sus almas altivas no hubieran preferido, como dice Tácito, las tempestades de la libertad á la quieta servidumbre. Han optado por la muerte, por el hambre, por la miseria, por las penalidades de una vida errante, y han hecho frente

al destino con el valor estoico que da á los hombres superiores la conciencia del deber. Si es digno de admiración el denuedo del guerrero que desafía á la muerte en los campos de batalla, merecedora de no menos valiosos timbres es la serenidad de aquellos que, expuestos á los mismos riesgos del soldado, no pueden tener, como éste, la excitación embriagadora de la lucha.»

Después habló Morelos de los más elevados preceptos contenidos en la Constitución.

«La carta sancionada hoy, agregó, más que como un conjunto de principios prácticos de gobierno, debe considerarse como una condensación de declaraciones generales: es la teoría de la revolución colocándose frente á frente del hecho; el despotismo arraigado en la colonia con el transcurso de tres siglos. Al derecho divino de los reyes se ha opuesto la soberanía nacional como base del orden político; se ha erigido el sufragio público en origen y fuente del poder; se han fijado las atribuciones de las diversas autoridades y se han consignado los derechos de todo hombre á la libertad, á la igualdad, á la prosperidad y á la libre emisión del pensamiento, abriéndose de este modo la senda hacia un ideal de paz, de fraternidad y de reivindicación de la dignidad humana.»

Y sin embargo, muchos sostenían que habría obrado mejor el Caudillo no constituyendo una autoridad que había sido el germen de las más funestas catástrofes. Los desastres coincidían con la instalación del Congreso. Y no terminaban aún los errores: Morelos iba á ser nombrado miembro del Poder Ejecutivo, inhabilitando de esta suerte para las operaciones de la guerra al único jefe capaz de reanudar la serie de nuestras campañas felices.

## CAPÍTULO VIII.

### LOS ÚLTIMOS ACTOS DE OBEDIENCIA.

Luego que se publicó la Constitución de Apatzingan, Morelos, Licéaga y Cos fueron nombrados miembros del Poder Ejecutivo.

El artículo 168 de la Carta prevenía que no pudiesen los individuos del Gobierno mandar ninguna fuerza armada, sino en circunstancias extraordinarias y con aprobación del Congreso.

La persecución hecha por D. Agustín de Iturbide dió motivo á



Cos para reunirse á las guerrillas de Vargas y del P. Carbajal, y después no quiso volver al seno del Gobierno.

El Congreso le previno regresara á su puesto.

Cos contestó con un manifiesto en el que desconocía la legitimidad del Cuerpo Legislativo y acusaba á éste de traición.

La Asamblea mandó á Morelos aprehendiese á Cos y lo fusilara si hacía resistencia.

Cos se había distinguido hasta aquel tiempo por su acrisolado patriotismo, por su inteligencia en los consejos y por su impávido valor en el peligro.

A Morelos le fué sensible, por lo mismo, la recepción de aquella orden; no obstante, se dispuso á cumplir la misión que se le confiaba.

Morelos presentó á Cos al Congreso, y éste juzgó y sentenció al rebelde á ser pasado por las armas.

El clero y el pueblo de Uruápam imploraron la gracia de Cos.

El Congreso conmutó la pena capital en prisión perpetua en los calabozos de Atijo.

Y el prisionero fué á entretenerse en ver á los lobos y á los tigres que bajaban de los montes á beber agua en un arroyo que corría cerca de la ventanilla de su calabozo.

La Cámara Legislativa determinó trasladarse á Tehuacán, dejando una Junta Subalterna de Gobierno en las Provincias Occidentales.

Se previno á Morelos tomara el mando de las tropas que habían de escoltar al Congreso.

Morelos comprendió la dificultad de atravesar con una numerosa comitiva ciento cincuenta leguas de territorio ocupado por divisiones realistas, pasando á la vista de puntos fortificados y guardados.

A pesar de eso, se dispuso á obedecer.

Reunió tropas que salieron de Uruápam, y después de una rápida y peligrosa excursión, tocando en Tutzamala, Tlachapa, Poliutla y Pesoapan, llegó al pueblo de Tesmalaca.

Calleja había dado orden para que fuerzas superiores rodeasen aquel convoy, posponiéndose por entonces las demás atenciones á la empresa de apoderarse de los individuos que componían el Gobierno de la insurrección mexicana. De acuerdo con estas instrucciones, el Teniente Coronel Concha entraba en Tesmalaca el 5 de noviembre á las nueve de la mañana, cuando las fuerzas de Morelos acababan de abandonar la población y su retaguardia se dejaba ver ascendiendo la cumbre del cerro inmediato.

Concha siguió presuroso á los independientes, y Morelos dictó sus disposiciones á fin de resistir hasta donde fuese posible. Dividió su línea de batalla en tres cuerpos, quedando el de la izquierda á las órdenes de Bravo, el de la derecha al mando de Lobato y colocándose él mismo en el centro. La acción de guerra comenzó y un fuego vivo se hizo oír por algún tiempo en aquellos sitios.

El ala derecha, mandada por Lobato, fué la primera en desordenarse, desconcertando al centro y á la izquierda. Viendo eso Bravo, quiso salvar á Morelos; pero Morelos le previno que atendiera á la salvación del Congreso—«Aunque yo perezca, importa poco,» dijo; y con algunos soldados siguió batiéndose en retirada, hasta que las balas enemigas dieron muerte á sus pocos compañeros.

No tuvo otro medio de salvación que internarse en un bosque cercano, seguido de un asistente. Mas mientras se detiene á quitarse las espuelas, para marchar con desembarazo, es rodeado por una partida de realistas, que le apunta con los fusiles y va á hacer fuego.—«Parece que nos conocemos, Sr. Carranco,» dice Morelos dirigiéndose al jefe. En efecto, Carranco había servido á las órdenes del Caudillo independiente el año de 1812: el destino había querido que su aprehensor fuese un tránsfuga.

Prisionero Morelos, fué encaminado hacia México. Allí se le formó causa, y condenado á muerte, fué ejecutado en San Cristóbal Ecatépec el 22 de diciembre de 1815.